



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 28 (2022)

David SAN NARCISO (2022), *La monarquía en escena. Ritualidad pública y legitimidad política en el liberalismo español (1814-1868)*, Madrid, Asociación de Historia Contemporánea y Centro de Estudios Políticos y Constitucionales (Política y Sociedad en la Historia de España), 345 pp.



Aunque en los últimos años hemos asistido a un renovado interés por el siglo XIX español, todavía existen muchos interrogantes por abordar. La lenta e intrincada construcción del Estado-nación liberal, la conformación de una nueva jerarquía social o la revisión del atraso económico decimonónico son cuestiones que necesitan aún hoy un nuevo esquema interpretativo y, sobre todo, que se divulgue en la sociedad actual para superar viejos clichés que siguen arraigados en nuestra mentalidad. Pero en ese esfuerzo por revisar ese siglo tanto complejo, al igual que interesante, contamos con los importantes trabajos de Isabel Burdiel, José Álvarez Junco, Raquel Sánchez o Juan Pro, entre otros.

A esa lista de nombres habrá que añadir a partir de ahora el de David San Narciso, que es autor de *La monarquía en escena. Ritualidad pública y legitimidad política en el liberalismo español (1814-1868)*. Galar donado con el premio Miguel Artola y editado conjuntamente por la Asociación de Historia Contemporánea y el Centro de Estudios políticos y constitucionales, este libro está llamado a ser un referente en los próximos años. El eje conductor del trabajo es el estudio del ceremonial monárquico durante las primeras etapas del liberalismo español. Sin embargo, la obra va más allá de la ritualidad y nos permiten comprender cómo la monarquía se desarrolló en un plano simbólico a través de las representa-

ciones que se aplicaban en el espacio público y eran recogidas por la opinión pública. Se trata, por tanto, de un elemento central y esencial de la construcción del Estado-nación que tradicionalmente ha sido minusvalorado.

A lo largo de sus 345 páginas y sus siete capítulos —que se unen a una sugerente Introducción—, San Narciso ofrece un sólido análisis que nace de un amplio trabajo de campo y el cruce de multitud de fuentes provenientes del Archivo Histórico Nacional, el Archivo General de Palacio, la Biblioteca Nacional de España, el Archive du Ministère des Affaires Étrangères y los National Archives británicos, además de una amplia consulta de la hemeroteca. Uno de los puntos a destacar, sin duda, es la redacción: sencilla, amena y ligera, pero sin renunciar a un examen crítico, riguroso y maduro más propio de un historiador ya plenamente consolidado. La bibliografía, además, sobresale no solo por ser completa y actualizada, sino también por la constante comparativa que se hace con Reino Unido, Francia y Portugal —ejercicio que es más necesario que nunca para ofrecer una interpretación rigurosa y ajustada a su tiempo—.

La Introducción de la obra, que es bautizada como «La magia del trono y la cuestión ceremonial de la monarquía de los modernos», es el tronco sobre el que nace el resto de la obra y constituye no solo un tradicional estado de la cuestión, sino un espacio de reflexión sugerente donde San Narciso plantea su hipótesis: «dos fueron, a mi entender, las principales identidades con las que la monarquía tuvo que negociar en el siglo XIX: las nacionales y las de género» (pp. 21-22). Si bien la propuesta es ya de entrada innovadora, el autor ancla sus ideas en una abundante bibliografía nacional e internacional que permite articular en problema en diferentes niveles, a saber: la organización de las ceremonias y la agencia de las diferentes personas; los usos políticos y culturales que se hicieron de estas ceremonias; y la recepción que hizo de ellas el capital humano activo/participante y pasivo/espectador.

Los siete capítulos siguen un orden cronológico, de modo que la obra comienza abordando la primera etapa del reinado de Fernando VII. Bajo el título «Entre la gracia de la reacción y la fuerza de la nación (1814-1823)», el primer capítulo estudia las ceremonias del sexenio absolutista y el trienio liberal. A nuestro entender, el apartado más interesante radica en observar cómo a partir de 1820 se suprime el ceremonial propio del Antiguo Régimen y se plantea de forma explícita el debate sobre cómo deben ser los rituales monárquicos dentro del régimen liberal. La jura de la constitución por parte de Fernando VII o la apertura de las Cortes son las ceremonias que más preocupan a los políticos del Trienio, sobre todo por la importancia que ello tiene en una cultura política que está todavía en fase germinal.

El segundo capítulo se titula «La contraofensiva fernandina por el espacio público (1823-1833)». Lo sugerente de esta parte del libro es que, si bien podría pensarse que Fernando VII volvería a la pureza ritual del Antiguo Régimen, en realidad se produce un proceso de tímida renovación y readaptación. La creciente presión del infante Carlos obligará a modificar paulatinamente el lenguaje simbólico, de modo que el rey focalizó toda la atención sobre su persona y no tanto en la dinastía que él representaba —«un rey pacificador y protector del comercio, las artes y la industria» (p. 91)—. Tres años antes de su muerte, el monarca potenció al máximo los ceremoniales para legitimar a la monarquía y la futura reina. En este sentido, San Narciso aborda con especial pulcritud este apartado, pues muchos de los fenómenos que se dan en los últimos años de Fernando VII constituirán un precedente para todo el reinado posterior. Recomendamos encarecidamente al lector o lectora que muestre especial atención a la ritualidad y el discurso que se hizo durante el entierro del último monarca absolutista.

Con el tercer capítulo entramos en el periodo propiamente isabelino. «La imposición ceremonial del liberalismo (1833-1843)» es el título de un capítulo que cronológicamente aborda las dos regencias, pero sobre todo estudia la génesis del ceremonial monárquico en el sistema liberal. Al respecto, San Narciso es categórico cuando afirma que «se reinventó completamente la ceremonia de apertura» (p. 116) refiriéndose a las Cortes, pues fue el ritual más importante durante este periodo, el momento en el que la monarquía encarnaba verdaderamente su rol arbitral y era la encarnación de la soberanía. Resulta interesante observar cómo frente a la presión carlista y los desaires de la regente, la clase política se interesó por gran medida en esta cuestión porque era, en realidad, un elemento esencial de legitimación. Tal fue que a partir de 1838 se hizo una recopilación, sistematización y reorganización de todo el ceremonial de la monarquía. También resulta sugerente comprobar la utilización que hizo Espartero de los rituales y el lenguaje simbólico. San Narciso lo resume con gran acierto cuando dice: «en el imaginario progresista, la Corona debía salir de las ceremonias cortesanas constreñidas en el Palacio Real para encontrarse con la nación liberal» (p. 141).

El cuarto capítulo —«Los múltiples cuerpos de la reina (1844-1854)»— entra en el reinado propiamente dicho de Isabel II y tanto la escritura como el análisis del autor se hacen mucho más fluidos y sugerentes. Posiblemente el lector o lectora vea que a partir de estas páginas —la 153 en adelante— la lectura se precipita porque la redacción, de hecho, es propicia. La década que es analizada en este capítulo es fundamental porque en ella se produce una pugna clara entre partidos para ver cuál monopolizaba no solo la vida política, sino también la ritualidad y las ceremonias. Destaca en este periodo el reglamento de Miraflores, que pretendía simplificar y actualizar algunas ceremonias, y todo el debate teórico que se generó sobre el papel y la ritualidad que debía tener la monarquía dentro del régimen liberal. En esta larga década, además de las ceremonias religiosas y militares, habrá que sumar las civiles. Si bien no eran nuevas, es cierto que el liberalismo las privilegió sobremanera para conectar de una forma efectiva a la nación con la Corona. Es en este periodo cuando se producen los primeros viajes de Isabel II y a partir de 1847 la propia reina será consciente de la importancia de las ceremonias, las cuales utilizará en su propio beneficio. Siendo ya una joven de diecisiete años, había que dotar a la Corona de un aura de género que podría legitimar su figura como madre de la nación, pero el proceso no fue fácil ni sencillo. Sin embargo, tanto la Casa Real como el juego de partidos hizo que la situación llegara al límite en torno a 1854 y la credibilidad de la reina estuviera explícitamente puesta en duda.

El capítulo quinto, «Rodear a la monarquía con la nación española», estudia apenas dos años (1854-1856), pero se trata de un periodo crucial. La vuelta del progresismo al gobierno provocó «un replanteamiento que, en su vertiente ritual, debía reconstruir los fundamentos de aquella doble ficción —familiar y constitucional— destruida en los últimos años y que el liberalismo fervientemente le reclamaba» (p. 192). Durante el bienio progresista, la ceremonia de apertura de Cortes adquirió un nuevo significado y, de hecho, tuvo una estructura diferente para acomodarse al discurso liberal. Muy representativo es que la reina, a su llegada al Congreso, estuviera rodeada de la Milicia Nacional. Así mismo, la Casa Real ya no se entendería como un ámbito privativo de la reina, sino una institución de Estado y, por tanto, debía estar controlada y seguir unas pautas. Como consecuencia y consumación de estos cambios se puede mencionar la asistencia de los reyes al Teatro Real en 1854 —dejamos al lector o lectora que se recree con estas páginas de libro—, aunque hubo otras muchas ceremonias que demostraron el nuevo lenguaje simbólico, como por ejemplo la apertura del curso universitario de 1855. En definitiva,

y San Narciso lo resume con elocuencia, había que «rodear a la monarquía de la nación liberal en sus espacios de representación y en su ritualidad pública» (p. 209).

El sexto capítulo, titulado «El viraje ceremonial de la Corona (1857-1863)», puede que sorprenda tanto por la información que se aporta como por la importancia de los fenómenos que ocurren. Durante el gobierno de O'Donnell, las ceremonias de la monarquía se multiplican y se diversifican, pero además el nacimiento de un heredero varón hará que el perfil maternal de la reina sea potenciado hasta convertirlo en un elemento esencial del discurso: «una maternidad, transmutada en nacional, que anclaba a la nación mediante la monarquía en el tiempo, trazando líneas retrospectivas y futuras» (p. 217). De hecho, San Narciso propone que esto fue también una estrategia de la política de prestigio de la Unión Liberal. Se trata, en definitiva, de un periodo que promociona sobremedida las ceremonias civiles, tal y como atestiguan los numerosos viajes que hizo la reina. A pesar de la importancia y relevancia de este asunto, el autor no se detiene en describir cada uno de los viajes, pero sí apunta a que estos rituales tenían un gran potencial gubernativo, económico y político (pp. 225-225). En cualquier caso, se recomienda al lector o lectora que observe con detenimiento este capítulo, en el que se proporcionan elementos interpretativos sustantivos del conjunto de la obra.

El último capítulo, titulado «El confinamiento ritual de la monarquía isabelina (1863-1868)», describe el proceso de desmoronamiento del régimen y cómo todo ello también tuvo su eco en los ceremoniales. San Narciso conjuga en esta parte los principales hitos de la caída de la monarquía con la apatía de los partidos y de la propia reina hacia el lenguaje simbólico de las celebraciones. Sin embargo, en este periodo destaca la creación de una comisión especial para elaborar la etiqueta de los actos públicos, destacando el autor la enorme originalidad de los planteamientos. Durante estos años finales de Isabel II se vislumbra con claridad un hecho que fue constante durante todo el reinado, y es que «los partidos no entendieron la monarquía como una institución más allá de la lucha política, sino que buscaron instrumentalizarla en su beneficio» (p. 273). La obra concluye con un epílogo titulado «El misterioso frontispicio de la monarquía y la legitimación ritual del liberalismo español», en el que San Narciso propone una serie de reflexiones de gran interés y pretende subrayar tres cuestiones, a saber: la importancia de las cuestiones simbólicas y rituales en la construcción del liberalismo; el carácter constructivo de las ceremonias; y el complejo debate público que se generó en torno a las ceremonias de la monarquía.

Pablo ORTEGA DEL CERRO

<https://orcid.org/0000-0002-4011-7225>